

NÚM. 121

¡VIVA LA ALEGRÍA!—(Alegoría de Carnaval.)

El hombre de experiencia

Todo cuanto hace, cuanto dice y cuanto piensa, es el resultado de esa madre de todas las ciencias: la útil experiencia.

La vida de ese hombre está toda llena de resultados prácticos y experimentales.

El día en que muera, será que la experiencia le aconseja morir.

Un desgraciado casi desnudo, transido de frío, la cabeza al aire, con los pies en el barro, corre tras ese hombre para pedirle un céntimo.

La experiencia enseña al hombre prudente que los jóvenes se hacen holgazanes por medio de la limosna; y ese hombre prudente y lleno de experiencia no da ni ese céntimo al desgraciado.

Entre usted en casa de ese hombre para conseguir de él su suscripción á una obra de conciencia y de estudio, durante cuya publicación el pobre hombre ingenioso que la escribe tiene necesidad de hacer algunos gastos, sin los cuales la obra interrumpida ya en lo mejor del trabajo, no podrá continuar publicándose.

La experiencia ha enseñado á nuestro hombre que no debe uno suscribirse á una publicación, sea la que sea.

En Pascuas de Navidad le felicitarán sus criados. Estos pobres, que tienen bien mezquinos salarios, esperan el consiguiente aguinaldo. La experiencia ha enseñado á su amo que á los criados debe pagárseles, pero nunca darles propinas.

Un amigo á quien estima y quiere hace más de veinte años, le pide un préstamo de cincuenta pesetas; la experiencia le ha demostrado que las cuestiones de dinero son mortales para la amistad, y naturalmente, niega á su amigo las cincuenta pesetas.

Se le invita á sacar un niño de pila; la experiencia le ha dicho que los ahijados suelen salir muy caros, y rechaza la invitación.

Su hermano le pide consejo para casarse; pero nuestro experto sabe por experiencia que hay dos cosas sobre las cuales es imprudente aconsejar: el casamiento y el suicidio. Natural es que, sabiendo esto, deje marchar á su hermano más confundido que nunca respecto á lo que ha de hacer.

Si va al café, pone dos terrones de azúcar todo lo más en su taza, y el resto en su bolsillo; la experiencia le ha enseñado que de los arroyuelos se forman los grandes ríos.

Si algún gran señor se pone al frente de una obra de caridad, él se excusa de concurrir á ella pues la experiencia le ha dicho que no se debe frecuentar el trato de los que son más que uno.

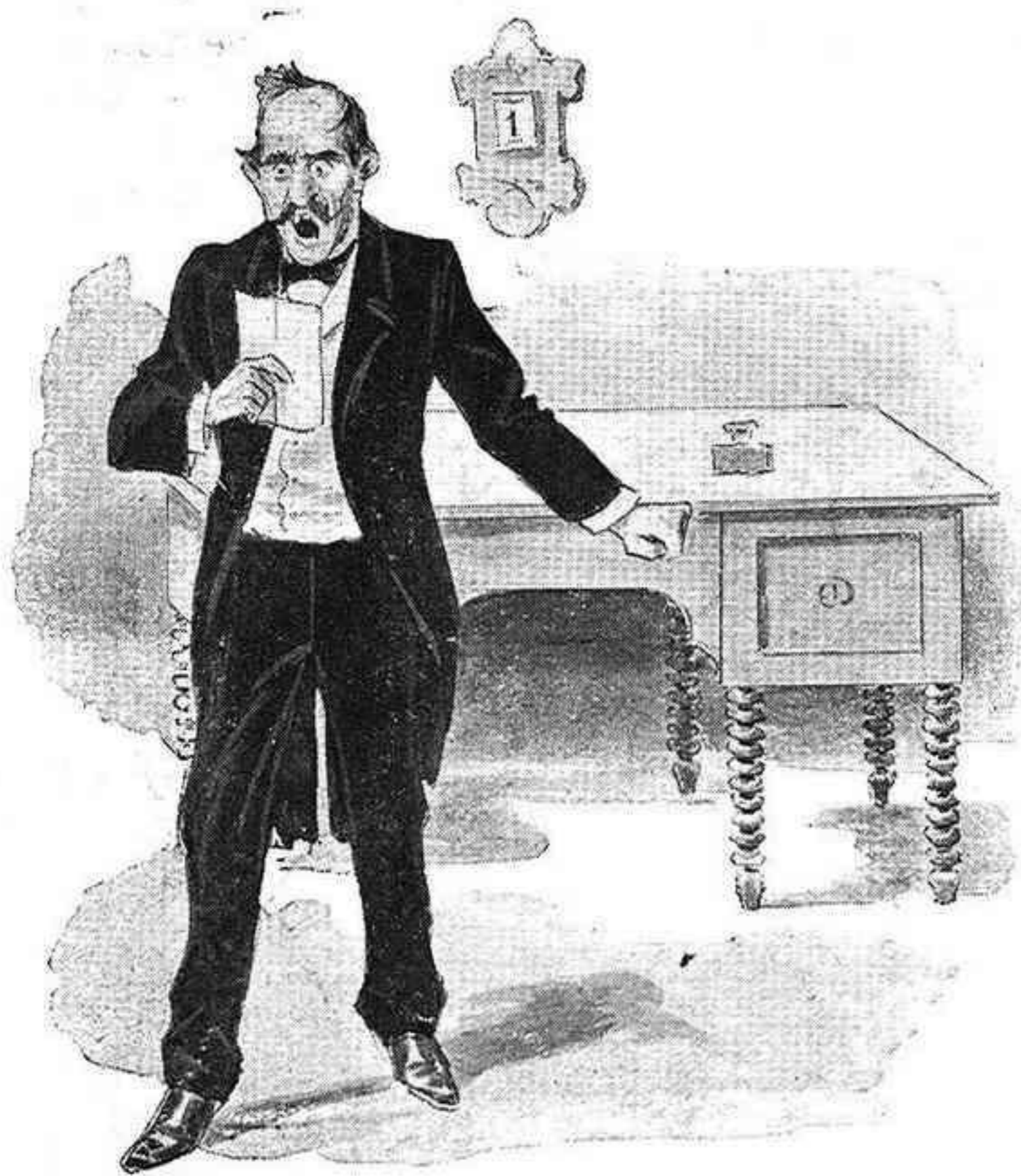
Cuando en el día del juicio todo el que haya existido abandonará su sepulcro para asistir al gran juicio final, él únicamente, él solo, permanecerá inmóvil en el fondo de su tumba; porque sabe por experiencia que vale más estar echado que de pie.

Resumiendo: el hombre de experiencia no es más que un trozo de carne con huesos y sin espíritu, un imbécil sin caridad, un egoísta sin corazón; es un amo duro, un marido tiránico, un padre de mal genio; pero será, no lo duden ustedes, será siempre *un hombre de experiencia*.

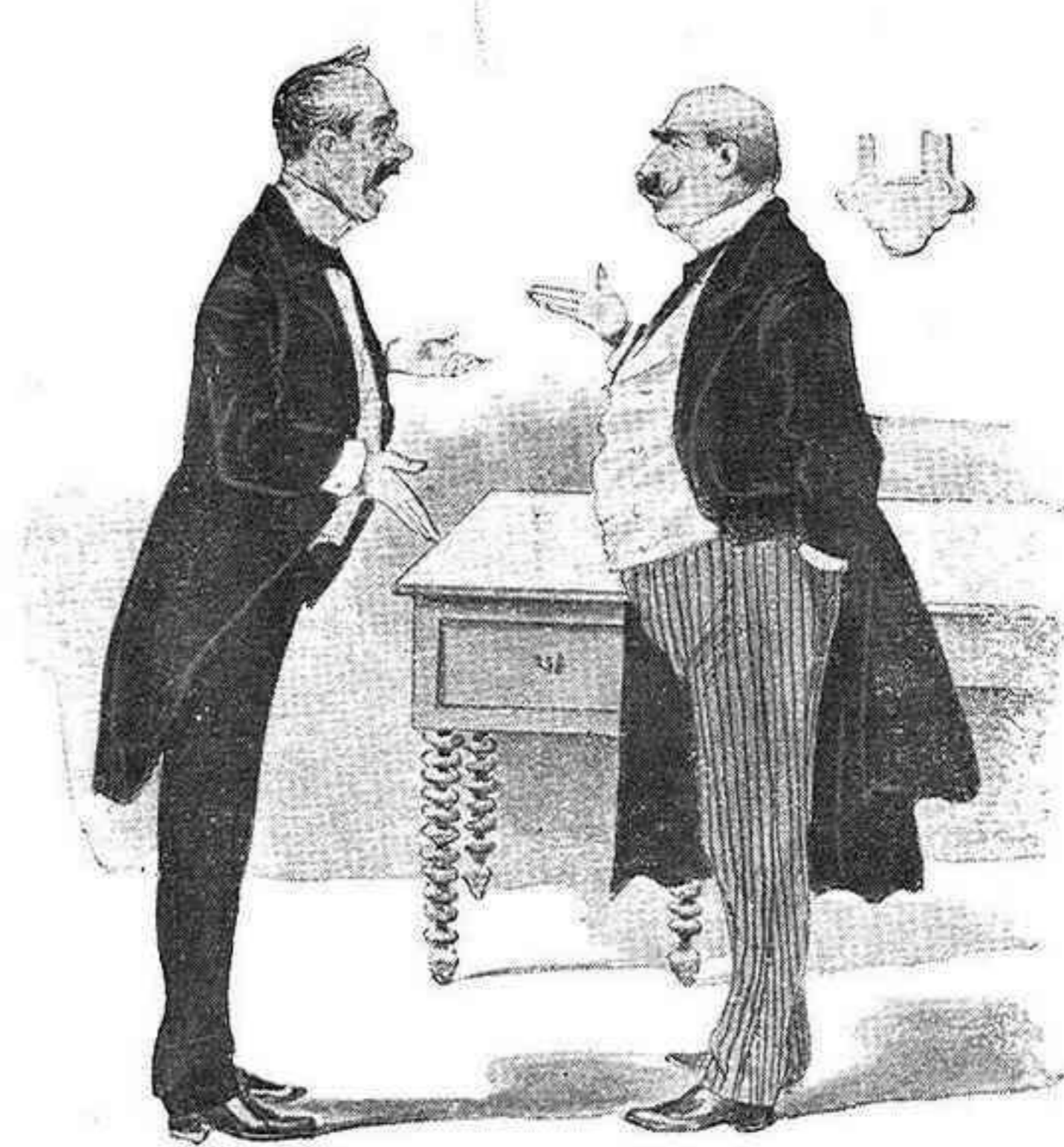
Que Dios libre á todo buen cristiano, y aun á los malos cristianos, y particularmente á vosotros, caros lectores, y á ti también, bella lectora, y á mí, si á bien lo tiene, de lo que se llama en el mundo *el hombre de experiencia*.

ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

MALAS NOTICIAS, por GASCÓN



—¡Cesante!!... ¡A alguno ha de costarle la vida esta cesantía!



—Desde mi despacho estoy oyendo sus brabatas. ¿A quién ha de costar la vida su cesantía?

—No sé. Pero soy médico y tendré que echar mano de mi carrera que ya tenía abandonada.

La bohemia sin sol ó el sol de la bohemia

III

Las tres Gracias desgraciadas

IN *illo tempore*, quiero decir, por los años sesenta y tantos del pasado siglo, Pelayo del Castillo, el gran bohemio, y sus amigos y satélites, celebraban sus veladas alcohólico-literarias en la taberna del *Barbas*, llamada así porque su dueño las tenía prolongadas, ó *de los jamones*, por los muchos que había colgados en las paredes. Una madrugada de julio, tan calurosa que parecía que ascuas invisibles caldeaban la atmósfera, estando allí Pelayo, Marquina, Alaminos y López el *Sucio*, presentóse Guyón con aspecto resplandeciente y petulante, y dijo en voz vibrante y sonora:

—Señores, amigos y consocios: tengo la satisfacción de proponeros una ligera expansión.

Fuí á visitar en Tudela,
un día de la Porciúncula,
y no hará un mes, á una *avíncula*,
que quiere decir, abuela,

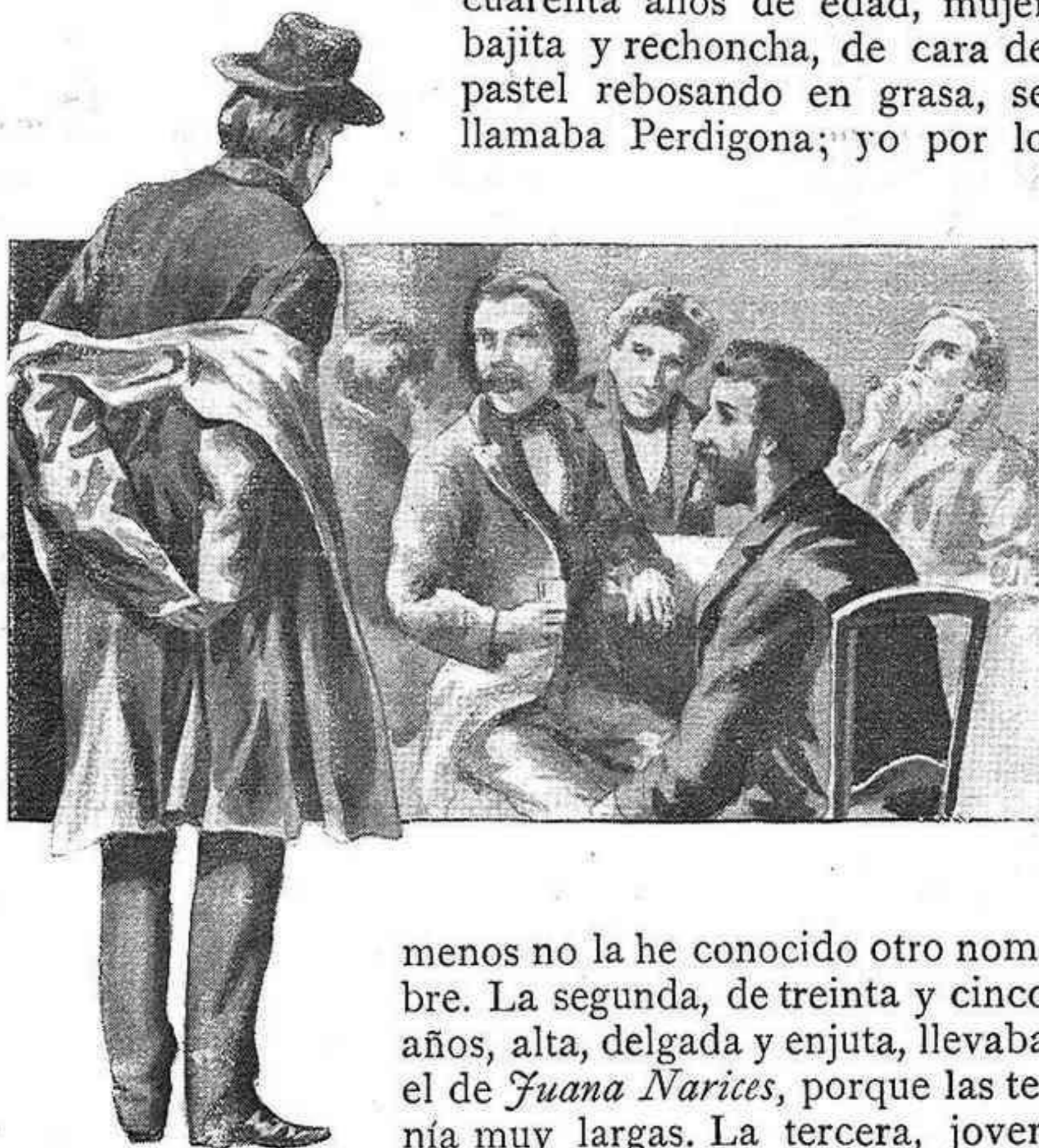
y aquella ochentona, entre otras cosas, me dijo: «Hijo mío, no te extrañes de verme tan fresca y bien conservada; lo debo á haberme bañado casi todos los días.» Hoy, con motivo del calor, he recordado yo estos preceptos. Notorio es que yo evito cuanto me es posible que entre agua en mi estómago, lo cual no obsta para que crea en las excelencias del baño. ¿Quién duda que el contacto del agua es provechoso exteriormente? Esta frase del génesis lo demuestra: *Spiritus Dei ferebatur super aquas*. Pues bien, habiéndome hoy procurado un corto peculio, he tenido el gusto de ofrecer un baño crepuscular en el Manzanares á las tres Gracias, y ven-



go á proponeros que seáis cómplices en esta aventura hidráulica. Siento que no se halle presente el amigo Escamilla, si bien éste,

por sutil y delgado,
va á bañarse en el caño de una fuente
á la nocturna soledad del Prado...

Y aquí interrumpo yo este discurso de Guyón, intercalado de coplas, como todos los suyos, para que el lector conozca siquiera someramente á las tres Gracias. Eran tres, por supuesto; la mayor, de cuarenta años de edad, mujer bajita y rechoncha, de cara de pastel rebosando en grasa, se llamaba Perdigona; yo por lo

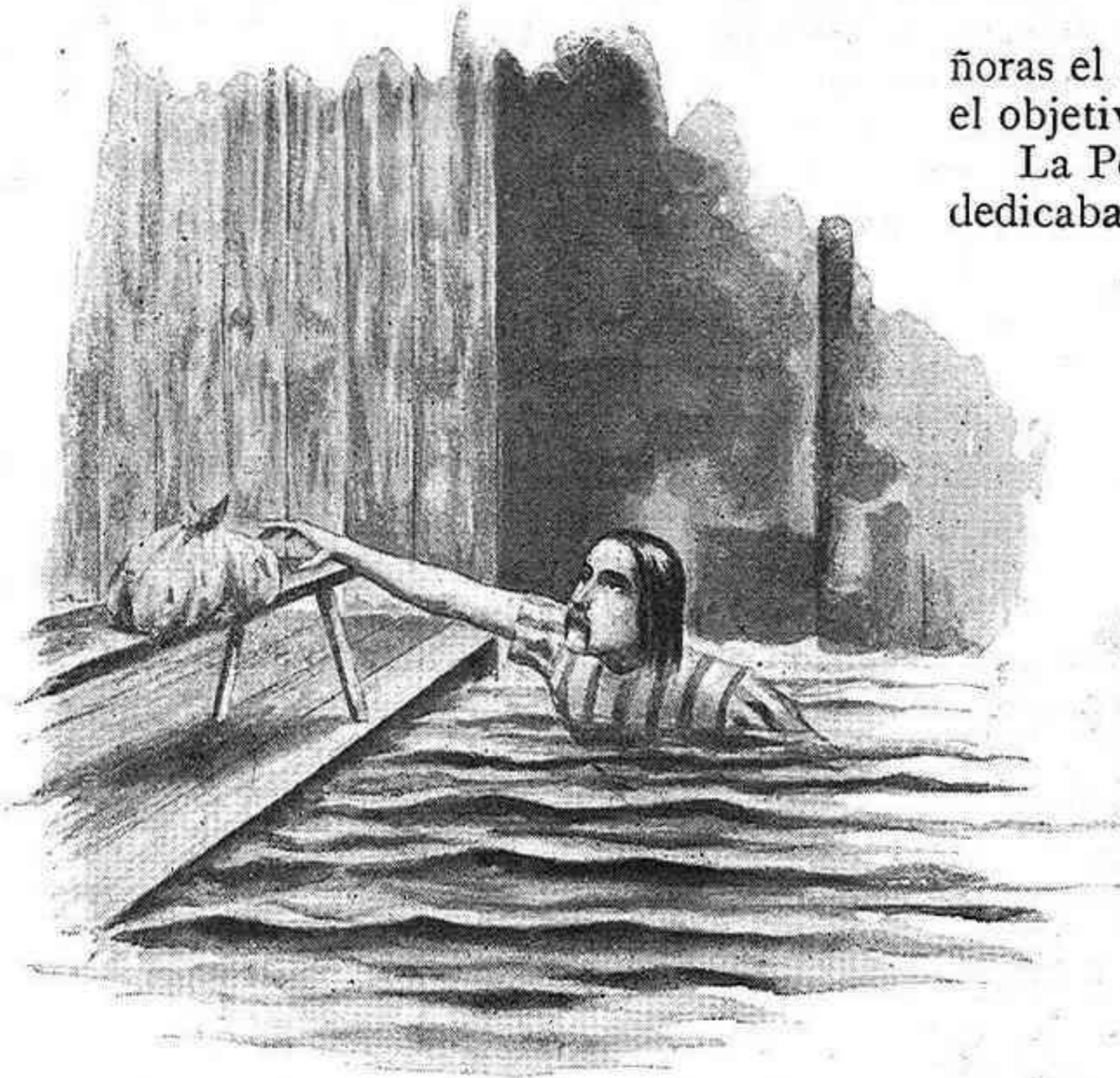


menos no la he conocido otro nombre. La segunda, de treinta y cinco años, alta, delgada y enjuta, llevaba el de *Juana Narices*, porque las tenía muy largas. La tercera, joven de veinticuatro años, bastante agra-

ciada, de carácter romántico, se llamaba Sinforosa, pero habiéndole parecido vulgar este nombre, adoptó el de Edelmira. Como las mujeres, magüer bohemias, rara vez llegan al grado de perdición que los hombres, estas tres señoras tenían una base de vida. La Perdigona daba sablazos en las iglesias; aproximábase á las personas bien portadas y decía en voz baja y melosa: «Caballero, ó señora, ¿puede usted socorrer á una cesante de Estado?» En efecto, ella creía pertenecer á esta clase, por ser viuda de un portero del ministerio de Estado. Con esta esgrima eclesiástica se procuraba una ó dos pesetas diarias. La *Juana Narices* asistía á un célibe setentón, que vivía solo. Iba temprano á su casa, le compraba pan, buñuelos y leche de vacas, le hacía chocolate, le daba este desayuno, á las diez de la mañana limpiaba la casa, arreglábase el cuarto y se despedía hasta el día siguiente. Por estas maniobras el solterón la remuneraba con una peseta diaria. La romántica Edelmira, regentaba un gabinete de lectura al aire libre, que había entonces en los portales de la Plaza Mayor, en donde por una pieza de dos cuartos, se leían todos los periódicos que á la sazón se publicaban. Edelmira percibía por esta faena el emolumento de cinco reales.

Guyón había dado á estas se-





ñoras el calificativo de *tres Gracias*, al que Escamilla añadió el objetivo de *desgraciadas*.

La Perdigona tenía por galán á Alaminos, Marquina se dedicaba á la *Juana Narices*, y Edelmira corría por cuenta de Guyón. Las tres Gracias, Guyón y López el *Sucio* habitaban, con la debida separación, en una casa de huéspedes de la calle del Norte, conocida por la de *El perdis de las medias negras*, porque este individuo, cajetillero clandestino primeramente, habiéndole tocado un modesto premio de la lotería, estableció después la susodicha casa, á la que tituló en una muestra: *Posada secreta*; lo cual, á mí me parece que era un secreto público. Apodaban así al *perdis de las medias negras*, porque siempre las usaba y enseñaba por gastar zapatos bajos, cuando nadie, excepto los eclesiásticos, las llevaba en Madrid. Fué el precursor de esta fúnebre indumentaria pedestre. Marquina vivía con su madre, Escamilla con sus hermanas, y resulta de todo esto que, aunque bohemios fogueados, necesitaban una rama, nido, agujero ó casa, como todos los seres, excepto las liebres y Pelayo del Castillo, que dormían á la intemperie con la mayor tranquilidad y sin calcular la necesidad de los colchones de pluma.

*
* *

—Así, pues, queridos amigos y consocios, —prosiguió diciendo Guyón—las tres Gracias, nuestras encantadoras prójimas, estarán ya esperándome en un banco de la Plaza de Oriente. Yo no dudo de que Marquina y Alaminos tendrán una satisfacción en reunirse con ellas;

pues sé que todo amante
ansía ver á su amada
de perfil, por detrás y por delante;

y sólo me falta saber si nos acompañan Pelayo y López.

—Por mí no hay inconveniente,—dijo Pelayo.—Pero convendría que tomásemos una ronda para fortificarnos.

—El caso es que va á sorprendernos el día,—observó López.—¡El sol es tan analítico!

—Poco sufriremos su maléfico influjo—replicó Guyón.

—Nos bañaremos crepuscularmente, tomaremos un piscoblabis en cualquier chiscón y después cada mochuelo á su olivo.

Y, previa la ronda de copas, cumpliése el programa al pelo en su primera parte. Las Gracias y los bohemios llegaron á la Virgen del Puerto al romper el día; ellos se entraron en un baño grande, y ellas en un baño chico y contiguo. El río á aquellas horas estaba solitario.

El padre de Pelayo, antes que empleado en Madrid, había sido inspector del puerto del Grao, en Valencia, y como criado en la playa, el gran bohemio nadaba como un tritón, resistía largo tiempo debajo del agua, y hacía en ella cuanto quería. Ambos baños estaban separados por un canalillo bastante profundo, de que se nutrían ambos; y á Pelayo se le ocurrió una idea. Salió de su baño por debajo de las esteras que le cubrían, llegó por el canal al baño próximo, alzó las de éste con precaución y miró. Había allí penumbra producida por las esteras y la poca luz del naciente día, á la que se unía la de un farolillo agonizante. No obstante, el bohemio, que poseía la cualidad de la raza felina, vió á las tres Gracias que hacían gimnasia agarradas á dos cuerdas que pendían del techo del baño, y vió que los vestidos de las bañistas estaban, en tres líos, sobre un banco corrido. Desde el sitio en que estaba, reparó en que al borde del canalillo había un tinajón roto y desportillado, lo cual le sugirió otra idea; esperó á que las tres Gracias estuviesen bien distraídas en sus evoluciones en la cuerda, y por medio de un movimiento rápido, sustrajo por debajo de la estera los tres vestidos; no pudo llevarse las camisas, medias y calzado, porque estaban en otros sitios, y porque hubieran abultado mucho. Hecho esto, se acercó por el canalillo al tinajón, escondió en él los vestidos sustraídos, y luego volvió á su baño apareciendo en la superficie del agua.

—¿Vienes de la Habana, nos traes cigarros?—le preguntó Marquina.



Pelayo no contestó, salióse del baño y empezó á vestirse.

—¿Te vas ya, no te aguardas á tomar la sosiega? —le dijo Guyón.

—No puedo, estoy citado con Moles para cobrar una pieza (1).

Salió del baño, sacó del tinajón la ropa escondida, y como estaba chorreando agua, se fué á secarla y no sé dónde.

* *

—Guyón, Guyón, ¿estás vestido?

—¡Me estoy vistiendo!

—¡Ven en seguida!

Guyón, conociendo la voz de su amada Edelmira, acudió al llamamiento. Esta, que había descornado un poco el *portier* de estera de su baño, le dijo:

—¡Nos han robado los vestidos!

—¡Robado! ¿Quién? ¿Ha entrado alguien en el baño?

—Nadie, que hayamos visto.

Guyón se quedó inmóvil como una estatua de magnesia, pero pronto se repuso; tenía las determinaciones rápidas. Fué á un merendero á cuya dueña conocía, la enteró de la contingencia, la mujer le dió una manta grande, envueltas en la cual, y una por una, las tres Gracias pudieron trasladarse al merendero y refugiarse en la alcoba del ama.

Hecho esto, y sabiendo que sus compañeros de baño no le servirían para nada, se trasladó apresuradamente á Madrid. Guyón, en efecto, era de buena familia, y antes de ser arrojado de su casa por... irregularidades, conoció en ella á la condesa de B... presidenta de una asociación benéfica de señoras; y sabiendo que asistía todos los días á la misa de

(1) Moles era un editor de pacotilla, que es probable que intervenga en estas narraciones.

nueve, de las monjas de Don Juan de Alarcón, la esperó á la salida de la iglesia, y enteróla del percance acaecido á las tres Gracias. La condesa, que era una buena persona, le llevó á su casa en la calle del Pez, rebuscó en su guardarropa dos vestidos de seda y una bata de merino azul, no muy *fanés*, é hizo que un criadito acompañase á Guyón para llevar el lío. Guyón le despidió en la escalera que desde la Puerta de San Vicente conduce á la Virgen del Puerto, y poco después las tres Gracias casi se alegraban de la avería sufrida, puesto que las prendas regaladas por la condesa, después de algunas ligeras modificaciones, resultaban muy superiores á sus modestos trajes de percal...

* *

Pelayo del Castillo no se presentó durante dos días en los círculos curdo-literarios, por lo cual se sospechó con fundamento su participación en la aventura del Manzanares.

Al tercero día, Guyón, que pasaba por la calle de las Urosas, vió al gran bohemio que salía de una taberna. Le alcanzó, y le hizo de manos á boca la siguiente pregunta:

—¿Cuánto te dieron por los vestidos de las tres Gracias?

Pelayo se inmutó todo cuanto él podía inmutarse y contestó:

—Guyón, mi querido Guyón: el día del baño estaba

yo casi en seco ¿comprendes?... Tú eres hombre de mundo, psicólogo, y espero que me perdonarás, así como también esas amables señoras que habrán ganado al exhibir sus gracias desnudas.

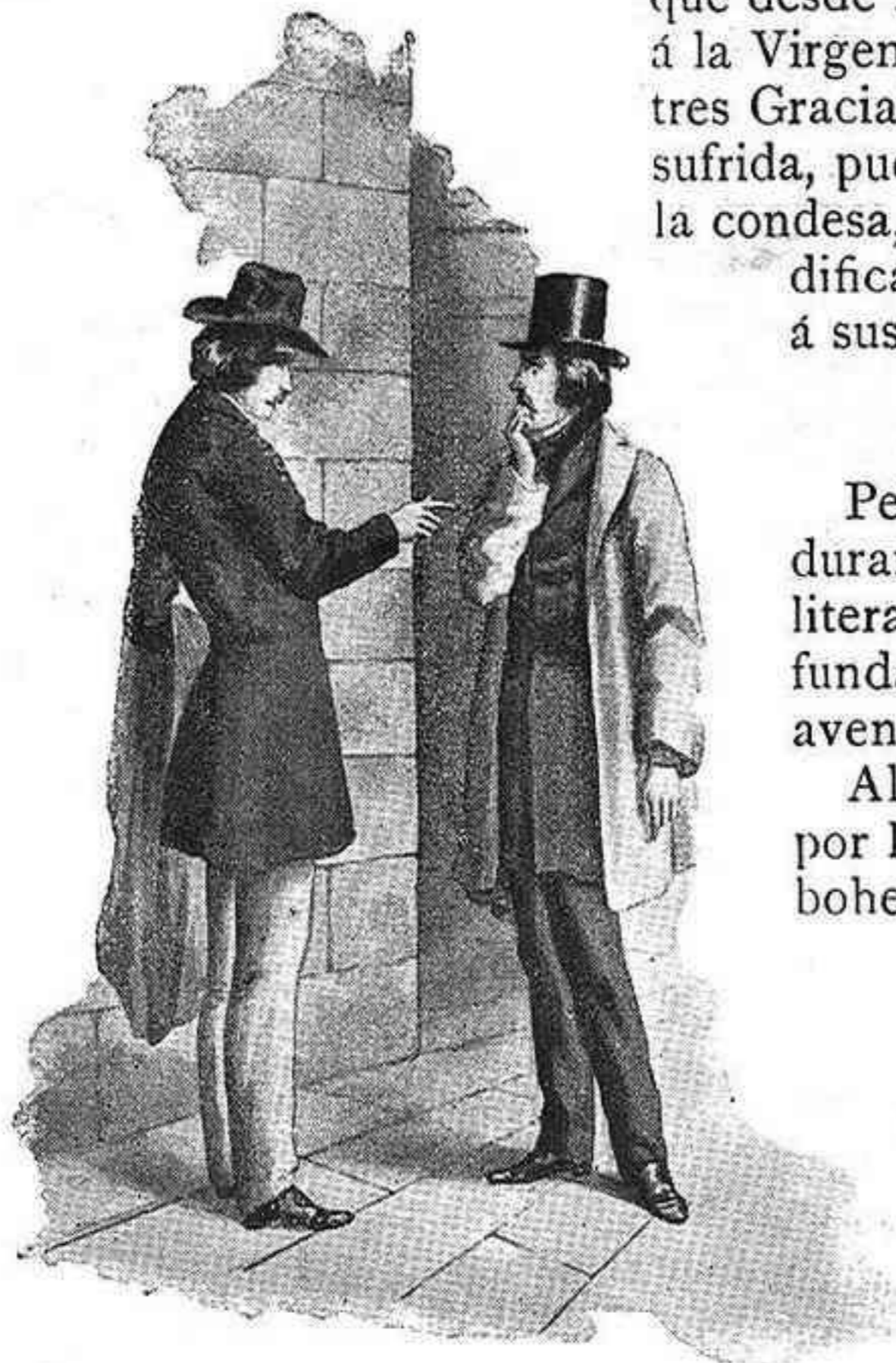
Guyón, que estaba algo excitado, prorrumpió en estos endecasílabos:

—Aunque el lance fué un tanto incorrectible, el ansia de beber está en tu abono...

y luego, poniendo una mano sobre la cabeza de Pelayo, prosiguió diciendo:

—Pelayo del Castillo, en el nombre de Dios, yo te perdono!

F. MORENO GODINO



El obrero

España

os elementos se preocupan por el bienestar del obrero, y que lleva a cabo, realizada por señores Caceres, una actividad social, constituida de actividades para el bienestar de los obreros sin que se haya merecido el reconocimiento público que se les debería señalar.

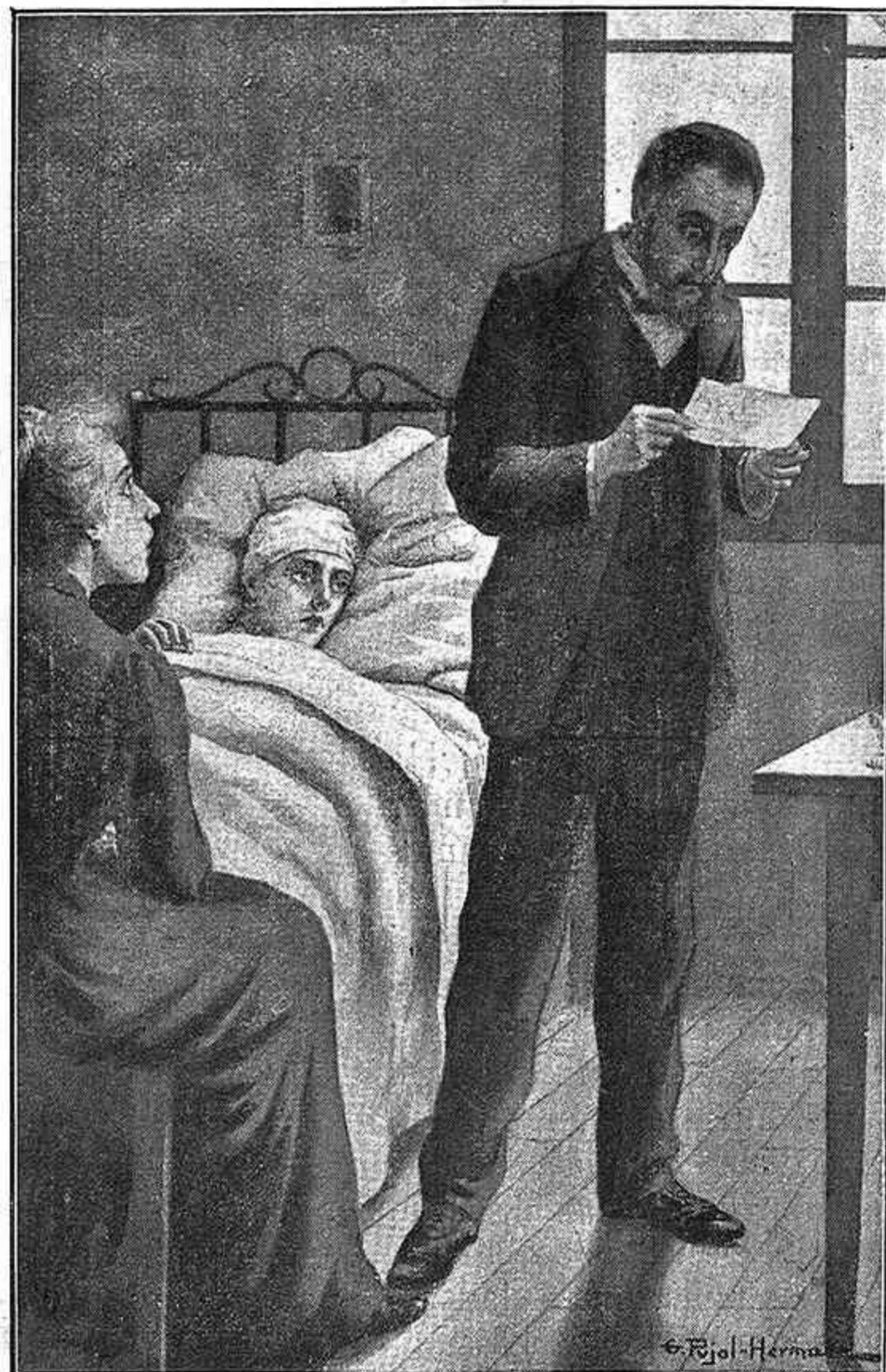
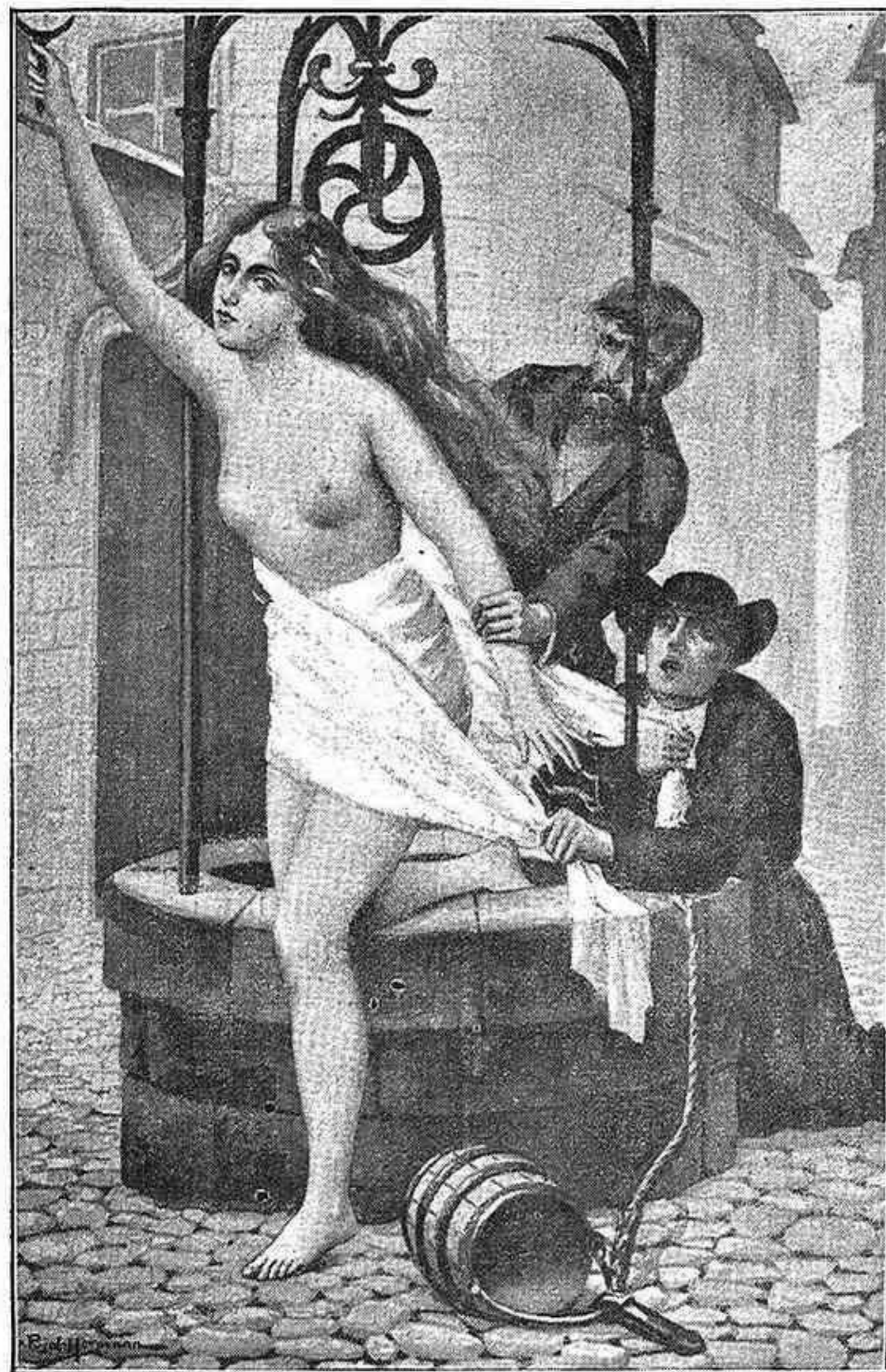


DON PRÁXEDES ZANCADA

Verdad

Lo mismo que, según la tradición, el Cid ganaba batallas después de muerto, Zola, el inolvidable trabajador y propagandista de los grandes problemas altruistas de la humanidad, conquista triunfos después de desaparecer del mundo de los vivos. Su obra *Verdad*, á la que pertenece los dos asuntos adjuntos, recientemente salida de la casa

inolvidable literato y ante su mérito se eclipsa el de todas sus anteriores producciones. Obra simbólica y á través de cuyas páginas se ve retratada la



editorial Maucci, demuestra palpablemente esta aseveración.

Verdad puede decirse que es la obra magna del

interesante cuestión de Dreyfus, por la que tanto batalló el apóstol del realismo, el éxito que ha logrado entre el público constituye su mejor elogio, digan lo que quieran cuantos detractores no perdonan á Zola el ser eternamente el gran fotógrafo de las pasiones y debibidades del hombre.

A Lesbica

A CÉRCATE á mi labio acariciante
para besar tu gracia tentadora,
y calme la ansiedad que me devora
de las ternuras la efusión amante.

Sobre mi pecho, lánguida y radiante
volcando tu cabeza encantadora,
semejarás el sueño de una aurora
cuando en su luz me envuelva tu semblante.

Ven y redobla el amoroso brío,
quiero sentir tu ardor dentro mis venas
porque mi loca juventud inflame;
y al desmayar en el abrazo mío,
será tu cuerpo un ánfora de Atenas
que el dulce néctar del placer derrame...

HORACIO F. RODRÍGU

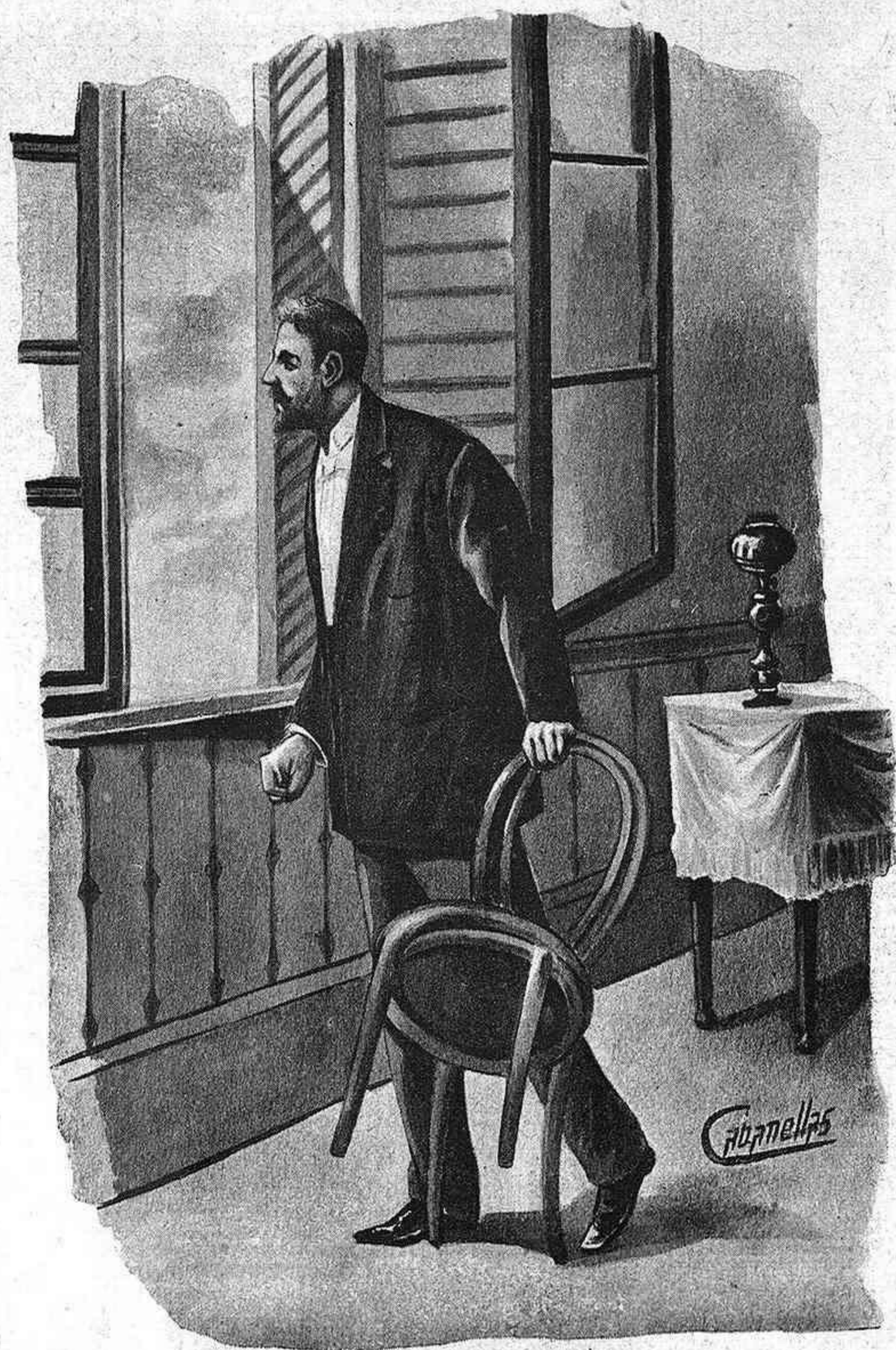
Santa Fe (R. A.)

¡No había salvación para él! Pocos segundos más, y otras tinieblas le hubieran rodeado con su eterna oscuridad. Sentía que se ahogaba y no podía defenderse, pues si abandonaba uno de los brazos de sus enemigos, dejaba su pecho á merced de un puñal.

De repente oyóse un grito desgarrador, y uno de los asesinos cayó mortalmente herido. Era

que uno de los dos sicarios había logrado, haciendo un esfuerzo sobrehumano, desasir su brazo y había asestado en seguida un golpe; pero en vez de herir á Cayetano, había atravesado el costado de su cómplice.

El asesino había caído. Con esto le quedaba libre á Cayetano el brazo derecho; metió en seguida la mano en el bolsillo, cogió una de las



pistolas, y apuntándola al pecho del adversario, que aun trataba de ahogarle, soltó el gatillo, rompiéndole una costilla al asesino. Pero Cayetano había caído también exánime, pues el criminal, al recibir el golpe, le había apretado la garganta con tanta fuerza, que el infeliz sintió agolpársele la sangre en la cabeza y cayó como muerto.

No sabemos cuánto tiempo permaneció en aquel estado. El sentimiento de la vida le volvió con el sentimiento del dolor que le produjo su herida al irritarse con el frío excesivo y húmedo que se percibía en aquella especie de caverna. Al volver en sí, se encontró tendido sobre el cadáver de uno de sus asesinos.

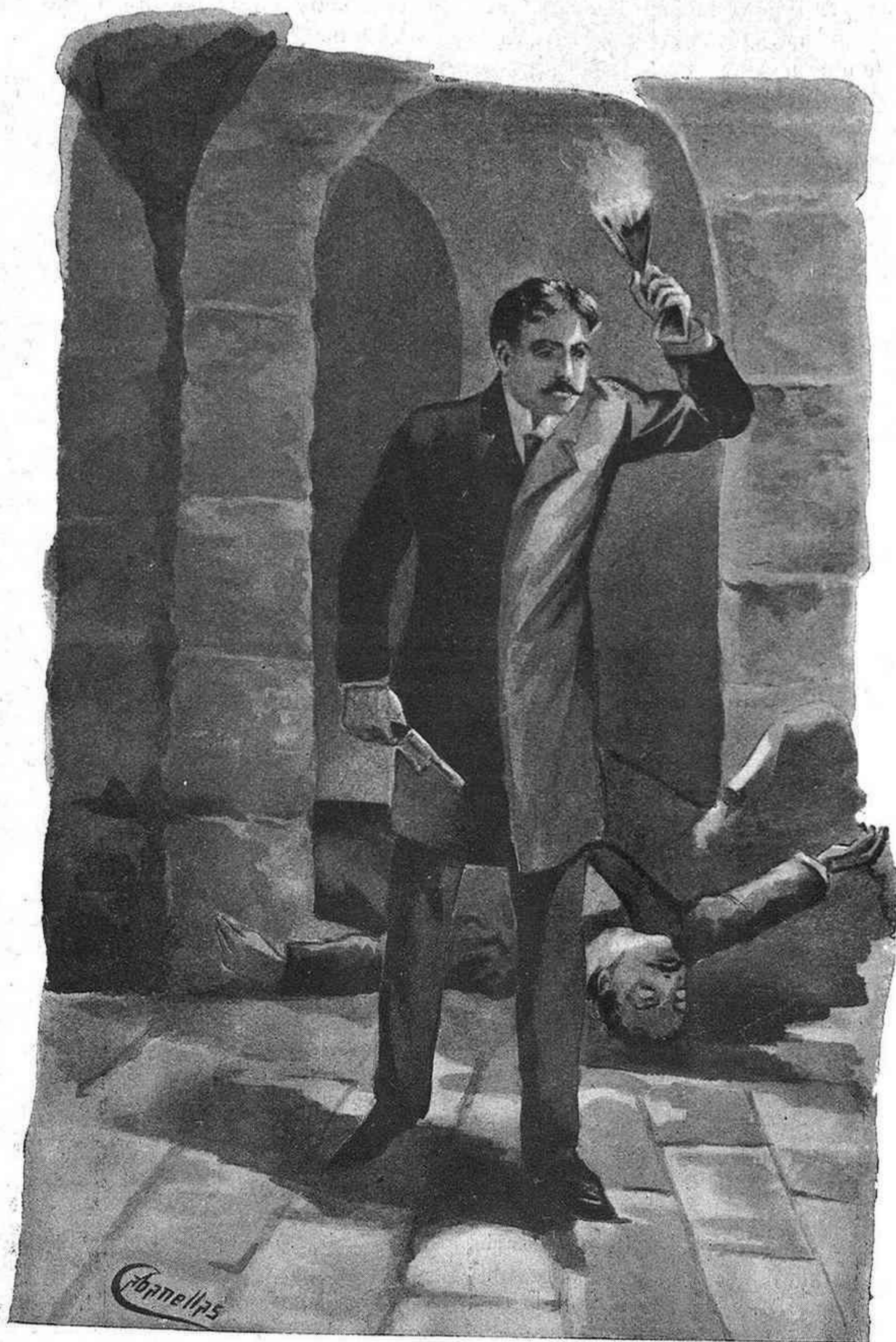
Las tinieblas eran sumamente densas y no ha-

bía modo de saber si era de día ó de noche. El médico se puso de pie. Sentía aun en la garganta la impresión dolorosa de los dedos que le hubieran ahogado irremisiblemente sin un prodigio de la Providencia, y la herida de la espalda le producía un malestar atroz.

Pero en aquel momento, más que el dolor de

la herida, le preocupaba la idea de salir de aquella tumba. Procuró reanudar sus ideas y recuerdos, y desde luego se acordó de que, al entrar con su asesino en aquella gruta, había dado pocos pasos, y por consiguiente no podía estar lejos la salida.

Habriale bastado un poco de luz para salir de



dudas, y desde luego acertó con el medio de proporcionársela. Recordó que tenía en el bolsillo otra pistola de cuatro tiros cargada,—pues la primera había caído con él al suelo—la sacó inmediatamente y disparó.

Aquel rayo de luz únicamente le hizo distinguir la tumba donde se encontraba: era una especie de antro negro y escavado en el monte y lleno de asquerosos bichos que, al estampido del disparo, habían huído en todas direcciones, arras-

trándose por aquel húmedo suelo. Pero no apareció puerta ni salida alguna, de modo que Cayetano se encontró como antes.

Hizo un segundo disparo para ver de encontrar la otra pistola, y realmente, á la instantánea luz que se produjo, la vió en tierra al lado del cadáver del último adversario de quien se había librado.

Recogióla, y así quedáronle todavía cinco ráfagas de luz de que poder servirse para buscar la salida.

Cada vez que hacía un nuevo disparo, colocábase en distinta dirección. Dos veces disparó inútilmente. Cada vez eran mayores las tinieblas que le rodeaban.

Cayetano empezó á tentar con las manos, á pesar de la repugnancia que aquellos asquerosos animales le causaban, que se le escurrián entre los dedos, procurando estudiar el terreno... A los pocos pasos tocó con la cabeza en la bóveda, y se vió en la precisión de agacharse para proseguir sus investigaciones. Pero nada adelantaba... sus manos encontraban pared, siempre pared.

La desesperación empezaba ya á apoderarse de él. Le quedaban solo tres tiros, su última esperanza...

En tanto la herida del hombro seguía atormentándole cruelmente; la humedad le había penetrado hasta la médula de los huesos; las tinieblas pesaban como plomo sobre sus ojos... En su desesperación ocurriósele una idea tétrica, infernal. Dos de los tres tiros que le quedaban, debían servirle para probar de dar con la salida que buscaba; el tercero le serviría para abreviarle las torturas de una muerte lenta y terrible.

Mas este pensamiento fué cediendo al recuerdo de Beatriz, que se le aparecía sucumbiendo á la infame seducción del caballero Amadeo. Y esta idea llevó al ánimo de Cayetano el deseo ardiente de vivir, puesto que su muerte habría secundado los planes de aquel infame... Apeló, pues, á toda la energía de su voluntad, y se dispuso friamente á tomar una resolución cualquiera.

Una idea le ocurrió que le hizo estremecerse de alegría... Introdujo la mano en un bolsillo, sacó de él la cartera, y de ésta un papel, una letra de cambio; formó con este papel una especie de palillo, acercólo al cañón de la pistola y disparó. La Providencia le había protegido: el papel se encendió. Acababa de sacrificar una suma enorme, pero en cambio salvaba su vida.

Inclinó hacia abajo el rollito para que se encendiese mejor, y al mismo tiempo extrajo de la cartera otro papel para reemplazar al primero cuando se hubiese consumido... En la embriaguez de la esperanza no se tomó la molestia de fijarse en el documento que se perdía.

Púsose á mirar con avidez á su alrededor... De momento, nada vió, mas al poco rato notó que uno de los cadáveres de los asesinos había caído de manera que con la cabeza y los hombros cubría dos escalones... Apartó el cadáver de aquel sitio y se alumbró con el papel encendido que tenía en la mano.

Aquellos escalones conducían á un estrecho corredor, en el fondo del cual había una puerta baja. Acordóse de que cuando se le introdujo en aquella especie de sepultura, se le invitó á bajar la cabeza y á subir por aquellos dos escalones.

El papel encendido, y por consiguiente la luz duró lo suficiente para que el médico pudiese descender el pesado cerrojo y abrir aquella puerta... Al salir por ella, el tibio aire exterior llevó á su corazón un torrente de alegría, como si verdaderamente hubiese salido de una tumba.

¡Era de noche!... No tardó Cayetano en encontrarse fuera de aquella casa, de donde no debía salir vivo... A pesar de lo que le molestaba su herida, bajó precipitadamente la cuesta de Betlemme.

El coche no se había marchado.

—¿Qué hora es?—preguntó Cayetano al cochero, subiendo precipitadamente al carruaje.

—Las nueve y media, caballero.

—Está bien... Vuelva á las Crocelle.

El doctor había pasado cerca de siete horas en aquella tumba.

XXIV

LA JUSTICIA DE DIOS Y LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES



NA secreta ley de la Providencia regula el mundo. La Ciencia humana, la Razón y la Filosofía han confesado su nulidad ante ese elevadísimo misterio y su impotencia para explicarlo. La historia de la humanidad revela este hecho desco-

nocido en su esencia, y perceptible únicamente en sus efectos. El Libre Albedrío, cuyo agente principal son las pasiones, tiene por norma la Razón: la Justicia tiene por norma la Conciencia: la Inteligencia tiene por norma la Fe.

Aquel que no obedece á los dictados de la Razón, atenta á la ley de la Providencia y perece por el efecto mismo de su villano proceder. Aquel que lesiona los intereses ajenos, atenta á la ley de la Providencia y vulnera la Justicia. Aquel que emplea su inteligencia en la investigación de lo desconocido sin el apoyo de la Fe, atenta á la ley de la Providencia, y es mísero por efecto del caos de sus propias ideas y de sus propios errores. La Fe ayuda á la Razón y la guía en el campo de lo infinito.

Los acontecimientos humanos están ligados entre sí por una Mano invisible que rige, tanto el universo moral como el material.

La justicia de los hombres no es más que una emanación de la justicia divina.

El espectáculo del hombre justo que sufre y del malvado que goza, mueve á ímpíos errores y blasfemias á aquellos que no quieren convenirse de que no es posible comprender los designios de la Providencia. Séres dotados de cinco mezquinos sentidos, ¿qué sabemos? Para nosotros la apariencia lo es todo; las pasiones modifican y depravan nuestro juicio; la conformación orgánica de cada uno los diversifica.

A estas rápidas consideraciones nos vemos naturalmente llevados al considerar la muerte de los dos asesinos de Albina de Saintanges, Nunzio Pisani y Tomás Basileo.

El primero fué víctima de la justicia de los hombres. La Providencia entregó al rigor de

las leyes sociales á aquel que las había infringido. Las leyes hirieron de muerte al homicida. El segundo fué víctima de la justicia de Dios. La Providencia tejía la red con que Basileo fué cogido en sus más execradas pasiones. Robaba y fué robado; hacía morir de consunción á su prójimo, y murió anhelando una gota de agua.

Vamos á referir en breves palabras el fin de estos dos malvados.

Nunzio Pisani, una vez cometido el delito en la persona de la infeliz Albina de Saintanges, huyó por la terraza del salón en que había penetrado, valiéndose de un instrumento de hierro hecho á propósito para levantar el pestillo que cerraba el balcón por dentro.

Tomás Basileo, que había tramado, dirigido y guiado el crimen, se había puesto al acecho en la misma quinta, á poca distancia de la casa. Atropellando por todo, saltando cercas y escalando muros, escaparon ambos con presteza y tomaron el camino de la ciudad.

Era tal la obscuridad, que los dos malvados apenas se veían el uno al otro.

Nunzio había entregado á Tomás la bolsa llena de oro y un pañuelo que contenía varios objetos de oro y de plata, robados también á la marquesa Rionero: él llevaba el cofrecito.

Al atravesar una posesión, oyeron los ladridos de un mastín: apresuraron el paso, mas el perro les alcanzó en un momento... Nunzio, más joven y más robusto, huyó como una exhalación, temiendo por un lado que el perro le mordiese, y luego á la gente que pudiera acudir á sus ladridos.

Basileo quedó solo frente al irritado animal: en vano trató de hacerle callar y amansarle, pues el perro corrió unos momentos tras del fugitivo que se le escapaba, y, retrocediendo luego, se lanzó hacia el notario.

Oyóse un silbido y luego una voz que llamó por su nombre al enfurecido mastín. El notario se vió perdido, armóse de valor, sacó un afilado cuchillo, y, en el momento en que el animal se le echaba encima, se lo clavó entre los dos ojos. El perro lanzó un ahullido de dolor y cayó... Basileo encomendó á las piernas su salvación y corrió animado por el temor de ser cogido y por la esperanza de encontrar á su compañero. Mas éste, huyendo siempre á la ventura, se encontró al amanecer en las cercanías de una aldea algo



¿Qué sería de la juventud disipada y calaverona de suyo si no existiesen las horas de expansión que trae consigo el Carnaval? La verdad es que pasaría una vida muy monótona y aburrida. Claro que tales regocijos son a costa del bolsillo, de la salud y de la tranquilidad; pero que pregunten a cada uno de los empedernidos disfrutadores de las Carnestolendas y es seguro que cada uno de ellos, aun reconociendo las tristes consecuencias de tanto jolgorio, contestará como con apuntador:

—Todo eso es verdad; pero... ¡que me quiten lo bailado!

EL MUNDO AL DÍA

DOMINGO, 8

EL profesor Kuliako presenta á la Academia de Ciencias de Francia un notabilísimo trabajo relativo á la resurrección del corazón. El profesor inglés Locke consiguió hace tiempo hacer revivir el corazón de un perro merced á la circulación artificial del líquido que lleva su nombre y es una disolución de sal común oxigenada; otros profesores habían hecho palpar esa entraña, pero siempre pocos instantes después de comprobarse la muerte. Kuliako ha sido el primero en conseguir que se produzcan los movimientos de sístole y diástole en un corazón humano arrancado del cuerpo veinte horas después de acaecida la muerte, y durante más de dos horas seguidas. Lo ha logrado gracias al masaje rítmico y á la circulación artificial del líquido de Locke. Tal descubrimiento ha producido profundísima impresión. Demuestra en primer lugar que la resistencia del corazón es superior á cuanto pudiera creerse y que ese músculo por excelencia no es tan delicado como se imaginaba. Dados los progresos que cada día realiza la cirugía, se espera fundadamente que en lo sucesivo serán curables muchas enfermedades cardíacas.

LUNES, 9

JAURÉS, el gran orador socialista, anuncia su intención de resucitar de nuevo el asunto Dreyfus, pues afirma que si el ex capitán es inocente, resulta indigno perdonarle, y si culpable, que no se le aplique el consiguiente castigo. A consecuencia de ello han vuelto todos los periódicos á hablar de tan triste asunto. Algunos creen que Jaurés tiene nuevos datos que patentizan la inocencia de Dreyfus, y que, si preciso fuere, se demostrará que el emperador de Alemania intervino en el proceso que terminó con la condena del ex capitán y en el de Rennes. Las personas de claro juicio deploran que se resucite un debate en el que nada se va á ganar y que puede producir en cambio graves desórdenes.

MARTES, 10

SE derrumba un nuevo lienzo de las murallas de Nuremberga. La prensa de Alemania pide que se proceda con actividad á la reconstrucción de los muros y torres de la antiquísima ciudad alemana, donde por primera vez se reunió una Dieta para tratar de cuestiones de interés general para la raza germánica; que se evite la total destrucción de esas murallas que presenciaron el épico duelo de los ejércitos de Wallenstein y Gustavo Wassa durante la guerra de los treinta años; de esas torres que, reducidas ahora á ciento, se irguieron en número de trescientas sesenta y cinco durante la Edad Media, y vieron pasar, inmovibles, los huracanes de las invasiones, el torrente de los ejércitos y el desfile de los siglos. Estos han resultado vencedores al cabo y á su impulso se cuartejan los muros y se derrumban las torres que resistieron las acometidas de las máquinas de gue-

rra y los estragos de la artillería. Para las cosas, como para los hombres, llega la hora suprema, y ésta ha sonado para los torreones de Nuremberga, que se desploman al fondo del valle que por tantos siglos dominaron.

MIÉRCOLES, 11

TERMINA de un modo harto vulgar el idilio adulterino de la ex princesa de Sajonia. Al acabarse los últimos billetes de banco se acabó el amor y cada mochuelo á su olivo. Girón se va á Bruselas; la esposa del príncipe heredero á una casa de curación, y declara que no reanudará sus relaciones con el que fué ayo de sus hijos. Algunos periódicos han querido dorar la píldora, hacer más interesante de lo que es en realidad á la princesa Luisa y dicen que su amor maternal es lo que la impulsa á separarse de su amante. Más vale así, si así fuera.

JUEVES, 12

LA afición que tienen los estudiantes alemanes á batirse con sables afiladísimos de madera á fin de poder ostentar la cara llena de costurones, ha ocasionado un doble accidente que merece la pena de ser relatado. A una de las cervecerías de Breslau entraron dos alemanes y un ruso, comerciantes los tres. En una mesa contigua había varios estudiantes, que empezaron á burlarse de los recién llegados, y uno de aquéllos, dirigiéndose al ruso, le insultó porque no les había saludado al entrar. El ruso, un siberiano flemático, se encogió de hombros, y entonces dos de los estudiantes, creyendo que se las habían con un mandria, ó queriendo armar camorra á toda costa, le increparon y abofetearon. Se concertaron dos duelos á pistola, pues el ruso quiso batirse en serio. El primer disparo del primer duelo fué mortal. El siberiano derribó á su adversario de un balazo en la frente. Media hora después empuñaba de nuevo el arma homicida; al primer disparo produjo una rozadura en la cabeza á su enemigo, y al segundo le atravesaba el brazo derecho y la bala se incrustaba en las costillas del estudiante, que quedó con pocas esperanzas de vida. El doble duelo ha causado una impresión profunda y algunos periódicos dicen oportunamente que si se desterrara para siempre la brutalidad de los desafíos, no ocurrieran semejantes accidentes. Pero es difícil que los estudiantes renuncien á su favorita costumbre.

VIERNES, 13

HA sido atacada duramente por toda la prensa de Italia, así republicana ó radical como conservadora, la sentencia que el tribunal de Turín ha dictado contra *La Stampa*, en el proceso seguido entre dicho periódico y los diputados y banqueros Poli y Pantaleoni. Afirman que se ha violado la constitución y el Edicto Albertino. *La Italia del Popolo* termina su protesta diciendo: «Quella del Tribunale di Torino non è *giurisprudenza*, ma *giurimprudenza* ed anche...»

A. RIERA



ALEGORÍA DE CARNAVAL, por POVEDA

TOTUM REVOLUTUM

El hecho notable que más interesa y el que, entre otros varios que citó la prensa desde hace ya días hasta el de la fecha, resulta en provecho del Arte y las Letras, ha sido el del triunfo que ha logrado Iglesias

con *Els Vells*, el drama que estrenó en «Romea». Iglesias merece que en España entera perduren los *Viejos* que ha dado á la escena. Son *Vells* que subsisten; son almas eternas. ¡Creo que no puede morir la belleza!

Dice un periódico andaluz que un sujeto—andaluz también,—pasó en la prevención, en Cádiz, doce días sin hablar y sin comer.

Casi estaba por creer que los pasó sin comer, pero, sin hablar, lo dudo. ¿Cómo? ¿Doce días mudo? ¿Y andaluz? ¡No puede ser!

He leído que aumenta, no *lenta*, pero sí continuamente, el furor por las tarjetas postales.

Dicen que se puede calcular que la circulación de las tarjetas con coplas alusivas y *abusivas* ascendió, durante los quince últimos días, á... una barbaridad de miles de ejemplares, á una cifra próxima al infinito matemático!...

¡Qué hermoso panorama!

Dos mil setenta y cuatro aspirantes han acudido á las oposiciones á cien plazas de Hacienda, de poca asignación.

Muchos de los que aspiran á eso son doctores en Ciencias y hasta en Filosofía, según cuentan.

¿Doctores? ¿Y qué es eso? Nada, hoy en día. Porque la verdadera filosofía consiste en buscar medros con un padrino que pueda al más estulto darle un destino...

¡Cómo adelantan las industrias!

En América se han establecido fábricas que aprovechan el papel para hacer zapatos.

¡Vea usted que cosa tan rara!

Ahora los pies de las gentes desharán, usándolo, el papel confeccionado *ad hoc*.

Y antes todo era al revés, pues ya habría usted hallado más de un papel ilustrado que se hacía con los pies.

Ustedes ya sabrán que recurre al empréstito el Sultán. Cierta pobre cesante que, manejando el sable es un maestro y que en cualquier instante esgrime el arma á diestro y á siniestro decía:—Yo también en mi país imito á Abd-el-Azís. ¿Empréstitos? ¿Dinero? Bien ¿y que? Hombre, fíjese usted. ¡Cuánto á mí me han prestado! ¡Y ya ve usted si voy bien *derrotado!*

De huelgas, nada comento, pues no es dato singular lo que hay á cada momento; y porque parece el cuento cuento de nunca acabar.

El problema, ya se ve cómo está entre obreros y amos. —¿Y solución?—dirá usted. —Eso... al Gobierno. Y quedamos en que el problema está en pie.

JULIO MARTÍNEZ LECHA

ACLARACIÓN, por FRADERA



— ¿Es la familia Humbert saliendo perseguida?— No: es la familia Hum-blau entrando en el Liceo.



1.—¡Venga de ahí, morena! ¡Olé, por las muchachas zaragateras y los hombres como yo, con agallas, para gastarse mil pesetas con una buena moza!



2.—¡Venga champagne, á tu salud y á la mía y á la de las familias de ambos á dos!



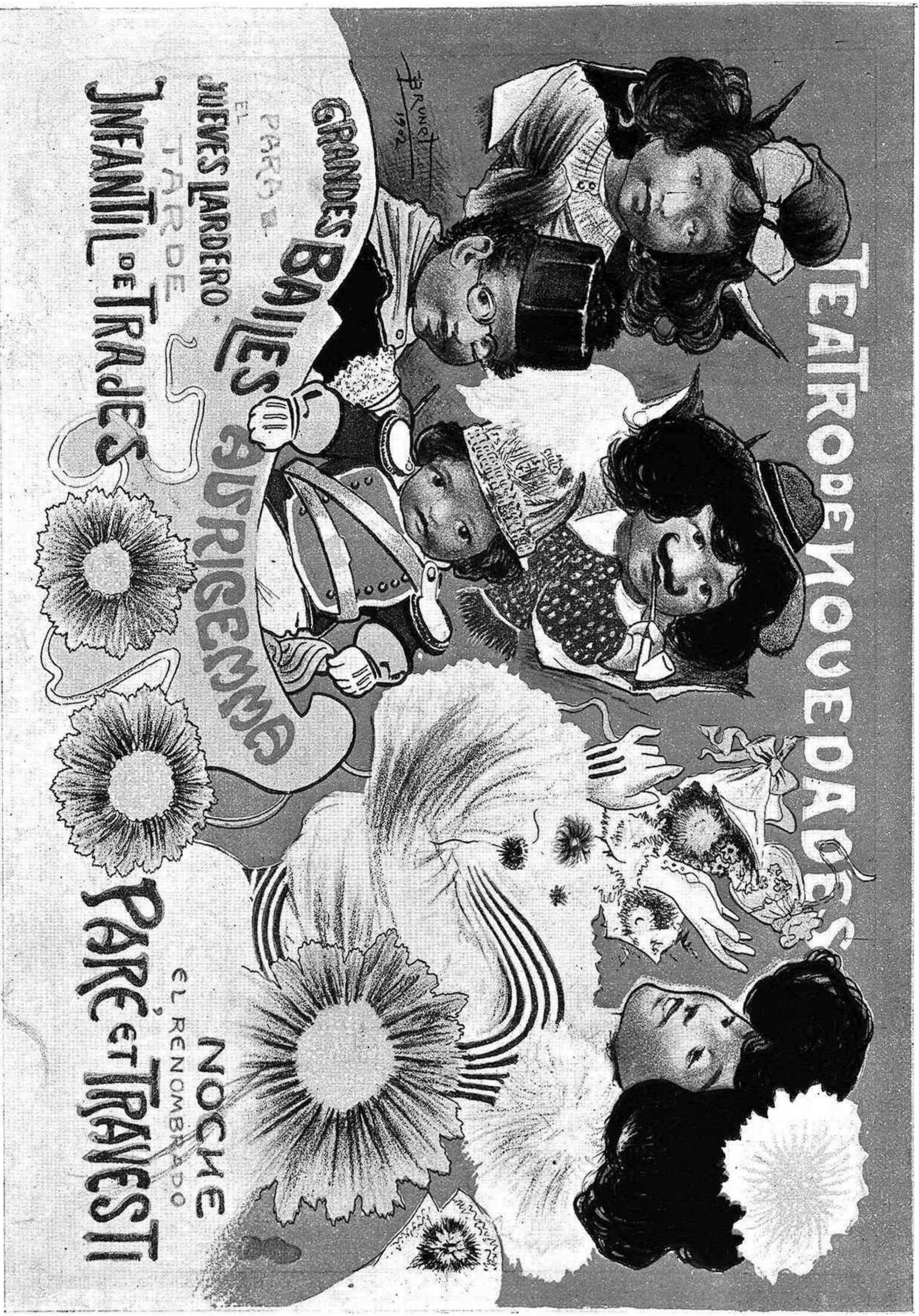
3.—Ese mameluco se ha quedado dormido como un tronco. ¡Siempre cae algún memo!



4.— *El otro entre sueños.* - ¡Dios mío! ¿Qué veo?

MORALEJA
En Carnaval jamás te comprometas
ni á un baile llesves más de tres pesetas.

Fidel Giró, impresor.—Calle de Valencia, 311.



SERIE 3.ª

Núm. 6